

Los humildes atraen a Dios

Rebeca Reynaud

Empecemos con un chiste:

En el manicomio, un loco gritaba:

¡Yo soy el enviado de Dios!

Se le acerca otro loco y le dice:

No, ¡Yo soy el enviado de Dios!

Y así, los dos locos discuten.

Entonces, se acerca un tercer loco, y les pregunta:

¿Qué pasa aquí?

Y el primer loco dice:

¡Yo soy el enviado de Dios!

Y el segundo dice:

No, ¡Yo soy el enviado de Dios!

Entonces, el tercer loco dice:

Un momento, ¡Yo no he enviado a nadie!

“El que sabe que no sabe puede ser sabio. El que no sabe que no sabe, es un necio”.

San Agustín dice que “con el Espíritu Santo el placer consiste en no pecar, y esto es la libertad; sin el Espíritu, el placer consiste en pecar, y ésta es la esclavitud” (El Espíritu y la letra 16,28).

Hay que pedirle el don de la inteligencia o don de entendimiento al Espíritu Santo. El humilde es el inteligente por antonomasia. El inteligente sabe lo que hiere o molesta a los demás y lo evita. El humilde se hace cargo de lo que pasa.

Escribe una dramaturga francesa –**Gabriela Bossis**– lo que le dice Jesús: Nada es imposible para la efusión de la Sangre de mi Corazón; sin embargo, hay que someter todas las cosas a la voluntad de mi Padre, que ama vuestra sumisión. La sumisión es la expresión de la humildad. Mis mayores milagros fueron hechos para los más humildes, para los que me decían: ‘Yo no soy digno’...o ‘di una sola palabra’... O como San Juan: ‘Yo no soy digno de desatar la correa de su sandalia’. O como la mujer que dijo: ‘Los perritos comen las migajas que caen de su mesa’. Recuerda lo que te dijeron hace poco: ‘Somos demasiado grandes para ser santos’.

¿Sabes tú que en medio de las otras mujeres mi Madre se creía la última de todas? ¡Ella!

Señor, te ofrezco su humildad en lugar de la mía.

Sí, ofrézcame seguido las virtudes que Ella tuvo en la tierra. Se han quedado aquí para vosotros, para que os sirváis de ellas. Ella pensaba siempre en vosotros. Pedid y recibiréis, ¡piensa!, es tu Madre (*El y Yo*, Gabriela Bossis n. 187).

Una de las revelaciones privadas más importantes del siglo XX es la del Cristo de la Misericordia. **Santa Faustina** le preguntó a la Virgen: ¿Cómo puedo parecerme más a ti? La Virgen le contestó: **“Humildad, humildad, humildad”**.

Jesús le dio unos consejos a Santa Faustina para **combatir la guerra espiritual**.

Anoto algunos: *Pon tu amor propio en el último lugar para que no contamine tus obras. Ten una gran paciencia contigo misma. Evita la murmuración como una plaga. Si alguien te causa problemas o te hace sufrir, piensa en el bien que le puedes hacer. Cuando te golpeen, escóndete en mi Corazón. Lucha con la*

convicción de que Yo estoy contigo. No te dejes guiar por el sentimiento, porque no

siempre está bajo tu control, todo el mérito radica en la voluntad. No te desanimes con la ingratitud. No examines con curiosidad los caminos por donde Yo te dirijo. Prepárate para las grandes batallas; todo el cielo y la tierra te están mirando.

San Josemaría Escrivá afirmaba: Con la humildad se va a todas partes, fundamentalmente, al Cielo. El Papa Pío X, de sencillez innata, gustaba de conversar con sus ayudantes de cámara, y bromeaba con otros empleados, interesándose por sus familiares, por su salud... Entonces uno le dijo

- ¿No le parece que se rebaja demasiado en su trato con los inferiores?

Le contestó:

- Falta saber quiénes son los inferiores, porque en el juicio de Dios las cosas serán al revés de como nosotros lo vemos.

Cada uno cree ser actor y espectador de su vida, pero ¿cuándo le cedemos el lugar de actor al Señor y nos relegamos a ser únicamente espectadores?

Jesús le dice a la misma mística francesa: **La santidad no es una suma. Un solo acto en el momento de la muerte puede hacer a un santo, en el abandono y la confianza absoluta. ¡Esta confianza me honra tanto! Yo soy como Sansón, pierdo mi fuerza de juez cuando un alma me expresa la fidelidad de su amor. No porque ese amor sea un gran amor, sino porque es el más grande que ella me puede ofrecer. Entonces me toca en lo más vivo y Yo me inclino a hacer su voluntad, una voluntad que Yo adopto como mía** (Ibidem n. 338).

Y continúa: "Os amé, a cada uno en singular, hasta el extremo de esos sufrimientos. No dudéis de Mí jamás. Soy el Infinito. No tengas en ti confianza ninguna, ni esperes nada de tus cortos recursos; entonces te ayudaré, pues si estás vacía de ti misma, me es posible llenarte. Convén en que eres nada, y Yo soy el todo. Yo obraré en ti y por medio de ti. Deposita a menudo tu pequeñez en mis manos poderosas. ¡Cuánto te alegrarás más tarde de habérmelo dado todo, todo lo que Yo antes te había dado! Tú me lo puedes dar con el deseo único de agradarme y de trabajar por mi gloria. ¡Cuánta desproporción hay entre vuestras obras y la recompensa que Yo les doy! Pero necesito ese abandono por parte vuestra" (Él y yo, n. 141).

San Juan XXIII escribía: "Asemejarse a María significa amar la humildad y la sencillez, la pureza de costumbres y la mansedumbre de palabra, de trato, de corazón, el amor a la casa y al trabajo cotidiano".